

DESCUBRIENDO MI VOZ EN EL AULA Y EL DESAFÍO DE LA PIZARRA

Aime Samara Flores Hernández ¹

“Si sus padres no lo cuidan, ojalá tenga un familiar que le cuide, y si no hay un familiar, ojalá tenga un amigo, y si no hay un amigo, ojalá tenga un maestro, y ojalá ese maestro seas tú”.

En el comienzo de mi carrera docente, como una aprendiz en el arte de la enseñanza, me encontré con diferentes hojas en blanco y de colores llenas de promesas y desafíos, y cada día se convertía en una aventura, una exploración de territorios desconocidos donde mis estudiantes y yo éramos los dibujantes de un viaje hacia el conocimiento y el crecimiento mutuo. Mis primeros pasos, aunque temblorosos, resonaban por los pasillos con la emoción y el nerviosismo de alguien que se enfrenta a lo nuevo, a lo desconocido. Cada estudiante nuevo que se cruzaba por mi camino era una oportunidad, una historia esperando ser escrita en mi libro de mi experiencias y aventuras como maestra.

Mis primeros días en el aula estuvieron marcados por la incertidumbre y la búsqueda constante de mi voz como guía y facilitadora del aprendizaje: ¿cómo podría transmitir mi pasión por el conocimiento de una manera que inspirara a mis alumnos a ser mejores?, ¿cómo podría navegar por las aguas turbulentas del aula, equilibrando el deber de impartir lecciones con la capacidad de fomentar la imaginación, la curiosidad y la creatividad en ellos?

A medida que el tiempo avanzaba, descubrí que mi mayor fortaleza como maestra no residía en mi dominio de los contenidos

¹ Profesora en la Facultad de Pedagogía de la Universidad Veracruzana. Doctorante en Investigaciones Económicas y Sociales.

académicos, sino en mi capacidad para conectar con mis alumnos en un nivel humano; aprendí que, con amor, podemos mover muchas cosas y que vale más una sonrisa que un regaño, vale más un abrazo que un golpe. También aprendí a escuchar las historias que emocionan a los estudiantes, los hacen crecer y ser mejores; lo que sueñan, lo que quieren lograr y lo mucho que les ha costado llegar hasta donde hoy están.

Descubrí esa parte humana de mí que estaba dormida y que, al convivir con mis estudiantes, volvió a activarse y me permitió conocerlos, amarlos como son, divertirme con sus chistes, entender sus preocupaciones y celebrar sus triunfos como si fueran propios. En cada sonrisa, en cada mirada de comprensión, encontré la validación de mi elección de carrera y la motivación para seguir adelante, incluso en los momentos de mayor desafío y temor.

Esta narrativa es un testimonio de mi viaje como maestra, una carta de amor a la profesión que elegí y elegiría al pasar de los años, algo de lo que jamás me arrepentiría y que ha sido mi mejor elección de vida; dedicada a los estudiantes que han dejado una huella imborrable en mi corazón, mente y alma, que serán recordados siempre.

A través de altibajos, risas, lágrimas, miedo, ansiedad y nervios, he descubierto que ser maestro va más allá de impartir conocimientos; es cultivar el crecimiento de cada persona, inspirar el cambio y sembrar semillas de esperanza en las mentes y los corazones de las futuras generaciones de profesionales, pues al final del día ellos serán nuestro futuro, y lo mejor es que sea un futuro lleno de cambios y mejoras para este mundo. No sé si a lo mejor en alguna de mis clases tengo entre mis alumnos al futuro presidente de México, al doctor que encuentre la cura al cáncer o quizás a un futuro astronauta. En mis manos está la futura personita que va a revolucionar y comprender el mundo de diferente manera.

Desde que era pequeña, siempre supe que mi corazón latía al ritmo de la enseñanza. Mis días estaban llenos de juegos con mis muñecas y pizarrones donde explicaba lecciones a una audiencia

de peluches y amigos imaginarios. Para mí, ser maestra no era simplemente una profesión, era una vocación, un llamado que resonaba en lo más profundo de mi ser; sabía perfectamente cuál sería mi destino y cuál sería mi camino. Acompañé a mi madre a dar clases en la escuela primaria donde trabajaba y veía a niños más grandes que yo siendo mis amigos, amando a mi madre y llenándola de pequeños detalles como si fuera un familiar suyo; ahí entendí que mi mamá no solo les iba a compartir su conocimiento, sino que iba a quererlos y criarlos como un hijo más. Crecer dentro de ese entorno me enseñó que no precisamente deben formar parte de tu familia para compartirles tu amor, tu cariño y tu sabiduría, y que todo el mundo se merece la mejor parte de ti, y cada persona merece ser amada como te aman a ti.

El amor que mi madre le tenía a la educación era emocionante. Desde el momento en que se abría la puerta de nuestra casa, comenzaba a compartir su conocimiento con mis vecinos ayudándoles a redactar sus tareas o simplemente guiándolos. No era solo una pasión, era una fuerza que impregnaba cada rincón de nuestras vidas, iluminando nuestros días con el resplandor del conocimiento y la sabiduría.

Mi madre me inculcó la importancia de la educación como el camino hacia un futuro mejor. Cada noche me hablaba de cómo había preparado su clase para el siguiente día, lo cual alimentaba mi imaginación y mi sed de un día ser como ella y contar con esas herramientas para poder transmitir el aprendizaje. Su amor por la educación trascendía las palabras y los libros. Era una educadora en el sentido más amplio de la palabra, enseñándonos lecciones valiosas sobre el mundo que nos rodeaba a través de su ejemplo y su dedicación. Nos mostraba cómo el conocimiento podía empoderarnos, cómo la curiosidad podía ser nuestro motor y cómo el aprendizaje continuo era la clave para alcanzar nuestros sueños. Recuerdo con cariño las tardes en las que nos sentábamos juntas en la mesa de la cocina mientras mi madre corregía los exámenes y preparaba las lecciones para sus estudiantes. Su compromiso con su trabajo era inspirador, y su pasión por ayudar a otros a alcanzar su máximo potencial era evidente en cada gesto y cada palabra,

era algo con lo que ella soñó de pequeña y me lo transmitía día tras día.

Pero más allá de su papel como educadora, mi madre era mi guía y mi inspiración. Me enseñó a valorar el poder de la educación como una herramienta para el cambio, como un medio para derribar barreras y construir un mundo más justo y equitativo. Su amor por la educación nos enseñó que el aprendizaje nunca termina, que siempre hay algo nuevo por descubrir y que cada experiencia, ya sea grande o pequeña, es una oportunidad para crecer y evolucionar. Mis tías fueron las siguientes arquitectas de mi pasión por la docencia, las artesanas que moldearon mi amor por el aprendizaje y la enseñanza desde una edad temprana; se convirtieron en mis mentoras, guiándome con su sabiduría y su amor por la enseñanza. Con paciencia y dedicación, compartieron conmigo sus conocimientos y su entusiasmo por el aprendizaje, sembrando las semillas de la curiosidad y la pasión en mi corazón.

A medida que crecía, seguí los pasos de mis tías, embarcándome en mi propio viaje hacia la docencia. Su influencia me acompañó en cada paso del camino, infundiéndome en mí la confianza y la determinación para seguir mis sueños y perseguir mi pasión por la enseñanza. Ya no se trataba de un entorno de niños pequeños que aprendían a leer o a dividir, sino que se estaban formando los futuros profesionistas, pero en ese momento era pequeña para entender las diferentes áreas que estudiaban para ser administradores, historiadores, antropólogos etc.

Era un mundo totalmente nuevo para mí, pero vi el mismo amor hacia la enseñanza, el mismo cariño que mi mamá le tenía sus alumnos, solo que con ellas ya no eran niños que te hacían una carta y se la pasaban detrás de ti; eran jóvenes maduros con ganas de aprender y compartir experiencias. Eran dos mundos totalmente diferentes, pero enseñados con la misma pasión y el mismo amor para compartir. Ahí fue donde nació mi nueva mirada por la enseñanza, luego de conocer a esas personas que me mostraban que no solo se trataba de ir a dar una clase, sino de compartir, aprender y divertirse.

Hoy, cuando entro en el aula como maestra, veo el reflejo de mis tías en cada interacción con mis estudiantes. Su legado vive en mi compromiso con la excelencia educativa, en mi dedicación a inspirar y motivar a cada joven que pasa por mis manos, y en mi firme creencia en el poder transformador de la educación para cambiar vidas. Mis tías me enseñaron mucho más que las habilidades y los conocimientos necesarios para ser maestra. Me enseñaron a amar la docencia con todo mi ser, a verla como una vocación noble y gratificante que trasciende las paredes del aula y deja una huella imborrable en el mundo.

Sabía qué decisión tomaría cuando fuera mi turno de llegar a la licenciatura: estudiar en la Normal o estudiar Pedagogía. Al paso del tiempo se fue haciendo más grande el sueño y la decisión cada vez se acercaban más; una de esas dos carreras definiría si iba a ser docente para niños pequeños o docente para jóvenes, y como buena persona creyente que soy, tomé la decisión de presentar en las dos y que la suerte decidiera mi destino.

Algo que jamás había contado es que presenté para ser normalista, pero mi futuro no era ese, ya que mi solicitud para entrar fue rechazada. El miedo y la incertidumbre me invadieron y pensé que todo estaba perdido, que el sueño que por muchos años había cultivado se había roto por no ser aceptada. Fueron días de depresión al no saber qué iba a pasar conmigo, pero salieron los resultados de la otra universidad en la que también había apostado mis sueños, donde sí me aceptaron. Y así nació esta pedagoga.

Comencé estudiando Pedagogía sin saber qué me deparaba el destino. Aunque sabía que era lo que quería y conocía a lo que me tenía que enfrentar, siempre estuvo dentro de mí el miedo al pasar enfrente a exponer y sentir todas las miradas sobre mí, a que mi voz se escuchara, a equivocarme, a no poder alcanzar todo lo que quería. Fue una travesía de cuatro años estudiando y pensando que el miedo lo podría superar cuando yo quisiera.

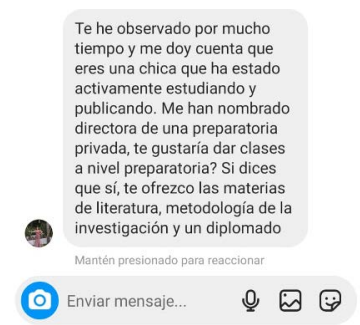
Tiempo después se me brindó la oportunidad de poder cubrir una clase en el nivel básico, para niños de segundo año. Jamás voy a

olvidar sus caritas, sus palabras, sus cartitas, sus regalos. Fueron el grupo con el que trataría de demostrar que sí estaba hecha para la docencia, pero me topé con que no es tan fácil ser maestra de niños pequeños. Llegué a mi salón con mucha ansiedad y felicidad de poder enseñar todo lo que había aprendido a través de los años y para lo que me había preparado, y me encontré con el reto más grande que he enfrentado en mi vida; el que me abrió los ojos y me hizo ver que no solo es ir a dar una clase sino tener el temple para poder controlar a cuarenta niños que están en una edad en la que son curiosos, les gusta hablar, les gusta salir y se distraen con mucha facilidad.

Era una maestra nueva sin experiencia, soñadora y temerosa al mismo tiempo. Cuando comenzaba a revisar tareas y me distraía por un momento, ya tenía a cinco o seis niños en el campo jugando, y cuando quería ir por ellos, los que tenía en el salón ya se habían peleado o se habían pasado las actividades. Así entendí que ser docente de nivel básico no es fácil y me nació una nueva admiración a los que se dedican a ello. Ser docente de niños es una labor muy grande, ya que tienes la responsabilidad de pequeños que no saben aún el grado en que pueden afectar sus actos; para ellos es juego el asistir a clases y sí es muy bonito estar con ellos porque te comparten la felicidad y la emoción de enseñarles, jugar con ellos y hacer actividades. Te muestran un amor, cariño y admiración que no lo ves en otro lado. Solo estuve con ellos un año, en el que me estresé, amé y compartí experiencias con chiquitos que los voy a llevar toda la vida en mi mente.

Pero entendí que no estaba hecha para un nivel básico como mi madre; aunque fue duro de afrontar, entendí que no tenía esas habilidades ni capacidades como ella y entonces las incógnitas comenzaron a surgir y los miedos brotaron nuevamente, ¿y si no soy buena maestra?, ¿y si lo mío no es ser docente?, ¿me equivoqué acaso de carrera?, ¿creí ser buena para esto y en realidad no es lo mío? Pasó un tiempo y no podía contestarme esas preguntas, por lo que decidí entrar a estudiar una maestría para prepararme aún más y no vencerme tan rápido. Quizás sí era mi destino, pero no era el momento y la vida tenía preparado para mí otra cosa más grande.

No me di por vencida y comencé a escribir artículos, capítulos de temas que me gustaba investigar del ámbito académico, porque me di cuenta de que, si no podía ser profesora, entonces podría dedicarme a la investigación. Un día como cualquiera me llegó un mensaje de texto a mi bandeja de entrada en Facebook, de parte de una conocida de la universidad, en el que me decía:



¿Y si era el destino diciéndome que no todo estaba perdido? Tenía una segunda oportunidad de poder saber si estaba hecha para ser docente o simplemente era un sueño con el que había crecido y, en realidad, no tenía las habilidades para serlo. Con miedo a lo desconocido, acepté el trabajo, pero ya no me iba a enfrentar a niños pequeños sino a adolescentes que estaban en la edad de rebeldía.

Me compré mis primeros plumones para pizarrón y llegué a dar clases enfrentándome a mis mayores miedos: estar enfrente del grupo, escribir en el pizarrón, equivocarme; sin embargo, esos temores fueron desapareciendo cuando las pláticas con ellos se hacían más amenas. Al estar con ellos, no solo yo les enseñé, sino que ellos también me enseñaron a mí; aprendí cómo ser una buena maestra, ya que al principio la falta de experiencia se hacía visible porque sólo me concentraba en los chicos que me prestaban atención, los que me hacían la tarea exactamente como se las pedía, los que me hablaban más. Pero un día abrí los ojos y me

dije a mí misma “no solo tienes diez alumnos, tienes veinte y los veinte son iguales”, por lo que me levanté del escritorio y comencé a caminar entre ellos, a platicar con los que no se me acercaban, con los que no llevaban las tareas, y mi interés por ellos creció más y más hasta que me acoplé y entendí que como maestra debía estar al pendiente de todos y enseñar para todos, no solo para los que me ponían atención.

Al ser una maestra joven y estar rodeada de adolescentes, no faltó el alumno que me mandaba cartas y flores, con lo que me sentía apenada y no sabía cómo manejar la situación. De igual manera, tenía al alumno que siempre se la pasaba retándome y diciendo que para qué le serviría lo que les enseñaba. Son retos que una como docente se encuentra en el camino, pero que afronté con mis chicos de prepa; ellos me ayudaron, me enseñaron y me hicieron madurar en mi manera de enseñar y de guiarlos.

Por otro lado, considero que el mejor aprendizaje que les pude haber enseñado es que la fuerza la hace el grupo si están unidos, que es bueno trabajar de manera individual, pero que en equipo se pueden mover ciertas cosas que no les gusten. También les enseñé que todos persiguen el mismo sueño y meta, por ello todos son importantes, pues como grupo pueden ayudarse a cumplirlos.

Siempre voy a llevar en mi corazón a todos mis chicos de preparatoria, sobre todo, a tres de ellos: Luis Gerardo, con esa simpatía, carisma, inteligencia que lo caracteriza para hacer las cosas; Fernando, con esa calidez humana, inteligente, talentoso para tocar la guitarra; y Blanquita, con su ternura, amabilidad, esmero para hacer las actividades y siempre dar lo mejor de ella. Ellos contribuyeron a convertirme en lo que soy ahora y con ellos viví mi primer día del maestro; aún recuerdo ese día y nunca lo voy a olvidar, pues me sacaron del grupo que teníamos de WhatsApp para ponerse de acuerdo entre ellos, a lo cual no supe cómo reaccionar, y sentí miedo e incertidumbre al no saber qué había pasado; sin embargo, al otro día cuando llegué a darles clases me tenían una gran sorpresa: cada alumno preparó algo para comer y me compraron un pastel con la dedicatoria “feliz día del maestro a la mejor maestra, gracias por su enseñanza y su amor”.

No puedo explicar con palabras lo grande que me sentí; el miedo y las dudas se fueron y entendí que con ellos me había encontrado. Volví a encontrar mi camino y fue gracias a ellos que seguí adelante. Terminamos el semestre y continúe dándoles clases en otras materias y creciendo juntos; el miedo a usar el plumón desapareció y encontré mi voz como maestra de bachillerato.

Así fue como gradué a mi primera generación de preparatorianos, y por cada abrazo que ellos me daban al entregarles sus diplomas, las fotografías, y estar en el estrado me quitó todos los miedos que algún día tuve. Aún recuerdo las palabras de mis chicos agradeciéndome por todo lo que les había enseñado, ante lo que no pude contener lágrimas. Les di el último abrazo y mis bendiciones para que entraran a la universidad y que siguieran sus sueños sin rendirse.

Después de ellos decidí dar clases en nivel maestría, al cual no estaba acostumbrada, pero me sentía más segura de mí misma, más decidida a que mi voz fuera construida por nuevos saberes y nuevas personas, pero que también fuera escuchada, ya que tenía muchas cosas que decir y enseñar. El primer día como maestra de posgrado se convirtió en un hito inolvidable en mi viaje educativo, un mar de emociones que abarcaba desde el nerviosismo hasta la emoción palpable. Mientras caminaba por los pasillos del campus universitario, el peso de la responsabilidad se asentaba en mis hombros, pero también sentía una chispa de entusiasmo por el desafío que se avecinaba.

La sala de clases parecía más grande de lo que recordaba, cada silla vacía era una invitación a la oportunidad, pero también un recordatorio de la tarea que tenía por delante. Con cada paso hacia el frente del aula, una mezcla de emoción y aprehensión llenaba mi pecho, pero me aferraba a la certeza de que estaba preparada para enfrentar este nuevo capítulo en mi carrera como educadora. Los rostros expectantes de mis estudiantes miraban hacia mí en busca de orientación y conocimiento, y en ese momento supe que debía estar a la altura del desafío. Tomé una respiración profunda, dejando que la confianza en mí misma se elevara para

llenar el espacio entre nosotros, y comencé mi primera clase con determinación y pasión. A medida que avanzaba la sesión, me sentí cada vez más cómoda en mi papel de guía y facilitadora del aprendizaje. Mis palabras resonaban con una autoridad tranquila mientras compartía mi experiencia y conocimiento con mis estudiantes, pero también fomentaba un ambiente de colaboración y diálogo abierto donde todos éramos aprendices.

Hubo momentos de incertidumbre, por supuesto, y preguntas a las que no tenía todas las respuestas, pero descubrí que la clave estaba en la honestidad y la humildad. Admití mis limitaciones y errores con franqueza, pero también mostré mi disposición para aprender y crecer junto a mis estudiantes, construyendo un puente de confianza y respeto mutuo.

A medida que la clase llegaba a su fin, una sensación de gratitud y realización me invadió. Había superado el primer obstáculo en mi camino como maestra de posgrado, demostrando a mí misma y a mis estudiantes que estaba lista para asumir el desafío con valentía y determinación.

El primer día como maestra de posgrado fue solo el comienzo de un viaje emocionante y gratificante, un camino de aprendizaje y crecimiento tanto para mis estudiantes como para mí misma. Y mientras miro hacia el futuro con esperanza y anticipación, sé que cada día en el aula será una oportunidad para inspirar, motivar y dejar una marca indeleble en las vidas de aquellos a quienes tengo el privilegio de enseñar, descubriendo mi voz y el poder de pizarrón.